

Daladier

(Fines de primera página).

A nuestra vista —dice el 13 de abril de 1933— Europa se está transformando. Pueblos inmensos se encuentran animados por nuevas ideologías. Desaparecen Estados al mismo tiempo que se organizan nuevos Imperios. Por eso la Defensa Nacional sobrepasa hoy los límites de la organización militar. Todos los problemas financieros, económicos, sociales y políticos están estrechamente ligados al problema de nuestra seguridad. Ya no existen hoy series de problemas distintos. Hay un solo problema, y la salvación del país se presenta en bloque. Recordaba a las conciencias que la Defensa Nacional exige una economía vigorosa; le es imposible acomodarse a una lentitud o a un paro de la producción, sobre todo en las industrias que trabajan para la seguridad del país. Y añade en tono grave:

—«El Gobierno hace un llamamiento al buen sentido y al patriotismo de los obreros y de los patronos. Los obreros deben comprender que la ocupación de las fábricas produce en el país un sentimiento de inquietud que tiene el peligro de hacerse nefasto.»

Insistía en recomendar el aumento de la fabricación de armas que son indispensables, decía, a la seguridad de la Patria, armas sin las cuales Francia quedará a merced del invasor.

Sabía que le corrían el camino enormes obstáculos de todas clases, y clamaba:

—«Pedimos a la nación que haga posible uno de esos milagros de la libertad y de la razón, cuya larga serie ilustra nuestra historia.»

Se le escuchaba con atención pero poco obtiene. Los partidos socialista y comunista y la C. G. T., dirigida por Jouhaux, orientaban a las masas obreras hacia caminos bien diferentes. «Con el pretexto de la defensa, Daladier sólo pretende espantarnos, quitarnos las prerrogativas concedidas por el Gobierno del Frente Popular y favorecer a los patrones —decían a los trabajadores.»

Añadía esto a la creencia de que el Ejército alemán sería derrotado por no tener qué comer y obtendrían resultados desastrosos para quien tratara de saber el camino del buen sentido.

El 14 de mayo de 1933, Daladier quiso hacer ver la situación real de Francia:

—«La verdad es que nuestra economía está profundamente aminorada; que el lucro legítimo tiende a desaparecer; que la falta de trabajo no cesa de aumentar; que nuestra balanza comercial nos empobrece; que nuestras estadísticas de producción continúan siendo un motivo de humillación para los franceses.»

Desesperado, decidía hablar a la supresión de las cuarenta horas, sus arriesgándose a una derrota en el Parlamento, y el 21 de agosto decía por la Radio al país:

—«En el centro de Europa los grandes Estados pasan revista y prueban sus fuerzas. Para sus soldados y para sus reservas ya no tiene límites la duración del servicio militar. Para sus obreros ya no hay límite real en la duración del trabajo. La mayor parte de los países del Mundo dan así ejemplo de una intensa actividad. Cada uno de estos hechos es un aviso para Francia.»

Y declaraba: —«La Defensa Nacional es un bloque. La fuerza de un país, la garantía de su independencia, no se afirma sólo con el poder de sus Ejércitos sino —por lo menos con igual importancia— con su esfuerzo cotidiano en la fábrica y en la oficina, en todos los lugares de trabajo.»

«Mientras la situación internacional se mantiene tan peligrosa, es necesario que se trabaje más de cuarenta horas, y hasta cuarenta y ocho en las empresas que afectan a la defensa nacional.»

Preguntaba ansiosamente: —«Francia empobrecida y amenazada ¿puede perder tiempo en controversias que comprometen su futuro?»

Los acontecimientos respondieron afirmativamente. Francia perdió, en efecto, un tiempo precioso, un tiempo que, de haber sido bien aprovechado, le hubiese permitido reaccionar y salvarse.

A

Todos los días llegaban a manos de los lectores militares y del mismo Daladier informes que no les permitían ignorar la verdadera situación del Reich.

Desde 1933 —escribió hace poco Chamberlain en la ilustración— todos los Gobiernos, los parlamentarios y los editores —los editores del pensamiento, de la industria y del comercio— no podían desconocer la verdad sobre el III Reich. La verdad aparecía en publicaciones oficiales y en publicaciones particulares de la más alta categoría. Y esa verdad contradecía por completo al torrente de informaciones erróneas

que corrían por todas partes. Y observo al mismo tiempo: así el pueblo no se le presentaba la realidad, si las huelgas en que este vivía parecían dadas a los que tenían a su cargo los destinos de la nación. Los gobernantes no podían alzar idéntica ignorancia, no podían ocultar a ese propio ojos la situación de la Alemania Nacional-Socialista.

Efectivamente; en un informe presentado por Alexis Joubert a la Comisión de Hacienda del Reich, se decía que el Reich estaba realizando formidables progresos en la producción de cereales, de patatas y de forrajes. La producción germánica también progresaba sensiblemente. Y en 1933 otro informe oficial decía que era contra de las suposiciones generales, cada alemán consume anualmente 37 kilos y 73 gramos de carne, al paso que cada francés sólo consume en el mismo espacio de tiempo 30 kilos.

Y Chamberlain registra, con razón, que semejantes hechos revelan que la situación económica de Alemania estaba lejos de ser tal como la pintaban a los ojos del pueblo francés.

En cuanto a las industrias pesadas, también disponían los gobernantes de París de cifras elementales. El Reich había producido en 1933 384.187.000 toneladas de aceros pesados y ligeros, mientras que Francia en el mismo año produjo 46.500.000 toneladas. El Reich extrajo en 1933 11.145.280 toneladas de mineral de hierro; la producción francesa fué considerablemente inferior; en la siderurgia, la producción alemana del mismo año en bruto alcanzó a los 18.522.100 (en 1931 había sido de 15.358.367). En Francia no pasó de 2.048.000, esto es, el 33 por 100 de lo producido por Alemania. En lo que respecta a los aceros en bruto, se dio esta diferencia: En Francia, 2.038.000 toneladas; en el Reich, 22.241.281, contra 12.548.224 en 1931. De esta manera, los franceses sólo habían alcanzado el 33 por 100 de la producción alemana. En las industrias químicas, eléctricas, textiles y de cartonería, el desnivel era tan importante como los anteriormente señalados.

Pero los que podían desconocer también las proporciones de la preparación militar alemana? No. En las altas esferas se conocía la verdad. A partir de 1933, cuando el Gobierno de Berlín proclamó la igualdad de derechos en materia de armamento, se supo día por día el monto de la máquina de guerra del III Reich. En un informe número 1.281, presentado por la Comisión de Hacienda acerca de la realización del Ejército en 1933, ya Paul Bernier explicitaba los aumentados progresos del Ejército alemán, tanto en tropas como en material de todas las categorías. Y hasta se daban claros parámetros sobre nuevas armas de fuego, coches motorizados, efectivos, reservas... Ya en esa época, Bernier hacía notar que Francia estaba en plano de inferioridad, diciendo que el Ejército alemán comprendía 37 Divisiones, una Brigada de Caballería y cierto número de unidades de reserva, mientras que el Ejército francés se componía de 23 Divisiones, dos Brigadas de España y elementos varios de reserva. Ponderaba el valor de la artillería divisoria, y añadía:

«Cumplo registrar finalmente, y en especial, la creación en el Reich, a fines de 1933, de tres Divisiones blindadas, compuestas de tanques, formaciones transportadas por coches por todos los terrenos, motocicletas, artillería motorizada... Son Divisiones rápidas y poderosas, dotadas de gran capacidad ofensiva, y susceptibles de desempeñar un papel de importancia en una guerra. Es posible, además, que se aumente el número de estas Divisiones en un futuro próximo. Al margen de las unidades de tanques incluidas en la organización de las grandes unidades blindadas, el mando alemán piensa crear unidades de tanques para la reserva general, destinadas a reformar la potencia ofensiva de las grandes unidades normales.»

¿Qué podía Francia oponer a esto, a tales alturas? «Dos divisiones ligeras mecánicas —dada Bernier—, una de las cuales está aún organizándose». En contraste a las divisiones blindadas eran cosa insignificante, a pesar de los consejos dados por De Gaulle y defendidos por Paul Reynaud, que después se desvirtuó de ellos, por considerarlos demasiado dependientes y de resultados problemáticos», según explicó a principios de 1933 a la Comisión de Hacienda en la Cámara de los Diputados.

(Continuará).

Dos legionarios rumanos

Por JOSE ANTONIO CORTAZAR

Frente se camparán entre años que Vasile Marin e Ion Motia, legionarios de la Quinta Bandera del Tercio, cayeron para siempre en su frente de Madrid. Llegados de la más lejana tierra de la Rumanía, de la Rumanía de nuestro Señor Trajano, supieron en la raya de Madrid —frente de la afirmación y de la negación— hermanar en sangre legionaria las Camisas Verdes de la Milicia Arcángelica de San Miguel y las verdes camisas de la Legión española.

Poco conocida es esta participación de gentes de Rumanía —enrocificada de Europa y paso forzoso de las invasiones asiáticas— en nuestra guerra victoriosa. En tierras españolas, donde se dieron cita para defender la civilización las mejores sangres de nuestra estirpe latina, no faltó tampoco la sangre heroica de Rumanía, de la postrer tierra de Europa, trinchera de la Cristiandad en el Este y avanzada de la Cultura occidental. Ion Motia y Vasile Marin, el último primo hermano del Capitán de Capitanes Cornelio Codreanu, rindieron su último servicio a la Guardia de Hierro y a la Legión española en las tierras desoladas del frente madrileño. En los momentos más difíciles de nuestra Cruzada, en agosto y septiembre de 1936, llegaron de su lejana y hermana tierra, con otros camaradas eficientes de la Legión de San Miguel, Codreanu les acompañaba en espíritu. También él hubiera querido batirse por la causa universal de la Cristiandad y reñegar en fervor de espadas y creaciones las Bandas Cruzadas del Modicovo. El espíritu mítico de la Milicia Arcángelica les alienta en los más difíciles momentos de la guerra. La Quinta Bandera de la Legión accede bajo sus generales victoriosos del Gran Capitán a los escuadrillas del Gran Capitán de Rumanía. Y en el Tercio, avanzada suprema del heroísmo y del honor militar, en combate frente a frente, cayeron en una madrugada de Enero Ion Motia y Vasile Marin.

Hoy la Guardia de Hierro guarda sus cuerpos adelantados a la gloria, en la Casa Verde junto al Capitán y los mejores camaradas de la Milicia de San Miguel. En la Legión española en los nombres siempre presentes en las Banderas formadas. Y en nuestra España y la Falange se conserva el recuerdo poroso e como cosa nuestra entregada a servir con su sangre, de estos legionarios de Rumanía, caídos en la tierra suprema de España, por lo más puro, por lo más íntimo y lo más eterno de la Cristiandad Universal.